—¿Sabe usted lo que pasó? Doña Juana (su protectora) se la pegó á su marido. Dios la perdone....

No es santa la polilla porque vive en el cuerpo de un santo. . . . no es más que polilla, no es más que Chole de la Candelaria.

LAS VIOLETAS.

A LUPE.

ERA un día de fiesta. El salón estaba preparado para el baile; cepillada la alfombra de rojos florones; lavados los cristales; bruñido el cobre de los candelabros, y el ajuar sin fundas, lucía los cambiantes de su seda obscura. Abierto el piano, reclinado en las teclas el plumero azul y las velas enteramente nuevas en los candelabros. ¡Cómo olía! Eran las flores de los jarrones, los *bouquets*, ramilletes de obsequio de todas clases; desde la sencilla gardenia rodeada de musgo, hasta el canastillo constelado de camelias. Unos con *porta-bouquets* de seda, otros de papel fingiendo encaje; casi todos atados con listones. El

más humilde era un haz de capullos de rosa, myosotis y violetas; estaba en una ánfora de cristal púrpura; las flores parecían asomarse por su cuello, brotar de aquella otra flor más grande, aquel cáliz de cristal, frescas, perladas de gotitas de agua, que resbalaban por un pétalo, temblaban silenciosamente y caían al mármol. ¿Qué dirán las flores cuando así lloran sobre una mesa? Los capullos húmedos, parecían jóvenes náyades desnudas que salían del baño. La sala estaba sola.

Entró un joven frotándose las manos, se vió en el espejo, se compuso el traje, y dirigiéndose al ramo de la mesa, tomó de él un capullo que colocó en el ojal de su levita.

—¡Nos abandonan!— suspiraron melancólicamente las violetas.

Pocos momentos después, una mosca sofocándose al vuelo, con frases entrecortadas, les dijo:

—¡No os dejéis cortar! Acabo de ver una cosa horrorosa, ¡qué escena! Vuestro compañero el capullo murió ahorcado de un ojal; una joven lo ha arrojado con ira por la ventana, ¿sabéis por qué? El novio se lo regaló como un recuerdo de hoy, después han reñido, y la víctima ha sido el pobre botón de rosa té! ¡No os dejéis cortar!

Las violetas se quedaron pensando en cosas meloncólicas, dejando perder la mirada de sus ojos

azules por el horizonte que dejaba ver la ventana abierta. La señora de la casa entró también, hundió su rostro marchito en las flores frescas, se sació de húmedos aromas, diciendo: ¡qué bien huelen! y al ver las rosas blancas exclamó: ¡así eran las que le pusieron á mi hijita en los pies; me parece que la veo, pálida, aérea, débil, púdica y muerta! Y la señora salió para evitar memorias tristes, sin llevar una flor. Las violetas languidecían, casi moribundas colgaban en el borde del vaso como desmayadas, cuando á su vez entró la niña de la casa, alegrándolo todo con el rumor de su falda, su pisada rápida y el dulce acento de su voz que tarareaba la canción de Siebel y . . . . . ¡Ay! gritaron las violetas al sentirse arrebatadas. Se desmayaron para despertar en un nido de blondas y seda mecidas por el vaivén de un seno . . . . pero era tarde; estaban ya muy enfermas y los padecimientos del corazón son incurables, y murieron. La joven las desprendió del ojal de seda, las arrancó del nido de encajes y las arrojó á la alfombra, sustituyéndolas por las estrellas azules del myosotis . . . . Un desconocido, con la cobardía del que va á cometer un crimen, cauteloso, temblando, recogió las flores y las guardó precipitadamente en su cartera.

—¡Son suyas, son flores suyas!— decía ebrio de emoción.

Aquellas flores tímidas, aquellas violetas arrojadas á la alfombra, recogidas por un enamorado, encerradas en una cartera, somos las viejas de hoy; las de harapiento traje, que fué lila, sumidas en un cajón de escritorio. . . . Así es la vida, Sr. Anillo; nadie sabe cuál será su suerte. ¿Quién al vernos supondrá lo que valemos? Somos felices, preferimos vivir aquí retraídas, pero contentas, á correr la suerte de capullo. ¡Nada importa que la cuerda sea de seda ó de hilo negro; la muerte de ahorcado es la misma!

Cálices marchitos, momias de flor, cuando él nos ve, para su espíritu tenemos nueva vida, un resto de perfume, una sombra de color, un último remedo de forma, hacen nacer una pasada primavera; aspira aquel aroma: los recuerdos y los perfumes son gemelos siempre; traen algo de la mujer á la memoria, él ve las líneas púdicas de un perfil inolvidable, oye el acento de una voz que es una verdadera caricia, y la reminiscencia de una mirada que tiene para él todas las indefinibles tristezas de un crepúsculo. ¡Oh Anillo! es muy bello en el fondo obscuro de la pobreza, poder dibujar los ardientes mirajes de la ilusión, muy bello en el cáliz envejecido desparramar aromas de juventud, resucitar el color muerto y hacer del contorno extraño de la momia, el perfil desnudo de un ideal que nace.

¡Oh Anillo! no te quejes porque estás abandonado aquí; pronto, tal vez mañana, brillarás en la mano pura y diáfana de una novia, serás símbolo de unas nupcias felices; llevarás escrita una fecha y verás cuando mano entre mano se paseen en la sombra de los altos árboles, cómo la claridad de las pupilas se funde una sola claridad; sabrás lo que es la embriaguez de una caricia y oirás qué palabras son las que murmuran en voz baja unos labios que tiemblan cerca, muy cerca de unas mejillas que palidecen de placer. Ya verás, Anillo; así nos pasa. . . . . Creemos no servir para nada, y somos nada menos que la página más bella de un poema, la historia de un amor irrealizable, que era feliz recogiendo una flor marchita: el amor que con tan poco se conforma es inmenso. . . . . Sabemos sus secretos, conocemos sus esperanzas. . . . y nos conservan como si en nuestras hojas empolvadas guardáramos el perfume de sus sonrisas. . . . Sí, todo es flor en la vida. . . . Todo encierra una memoria ¡parece mentira! El capullo de rosa blanca que ciñe las sienes de una niña muerta, las lágrimas de una madre, el botón de una rosa té, las tonterías de un novio sin ideas y los pétalos mustios de una violeta, todas las memorias, todos los anhelos, todas las tristezas de un amor callado. . . . son urnas cinerarias, y las cenizas que guardan esas flores, son

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

las cenizas de la ilusión.....
.....
.....

Ya sé lo que dicen las flores cuando lloran sobre el mármol de una mesa; cuando se balancean en la espuma del encaje, sobre un seno de reina; cuando cuelgan ahorcadas de un ojal ó parecen cadáveres pisoteados; tristes, mustias, abandonadas en una alfombra; sé lo que valen las corolas secas encerradas en una cartera ó en el cajón de un escritorio. Las frases que escuché serán inolvidables.

—Yo te amo; cuando quieras oirme, cuando estemos juntos y solos te diré, eso será muy elocuente, te diré al oído y en voz baja, suplicante: —Vida mía, ¿me das unas violetas?

EL CIUDADANO GESTAS.

A ANTONIO DE LA PEÑA.

I

EL despacho del Ciudadano Gestas parecía una mancha en el hermoso edificio, admiración de la calle. Á las ocho abrían la angosta puertecilla, en cuyos vidrios apagados estaba dibujado el anuncio: *Horas de pago: nueve á una A. M.: tres á cinco P. M.* El portero corría los cerrojos de la ventana polvorienta dejando penetrar una luz alegre que resplandecía, mostrando la miseria del mueblaje. Sofá y sillas austriacas, cuyo bejuco colgaba roto en los asientos; un tapete roído, las escupideras de cobre abolladas y sin agua, colmadas de viejas

de cigarros deshechos, puros mascados y cerillos sin cabezas; un tosco bufete barnizado de negro y rayado aquí y allá; la caja fuerte casi enmohecida; la prensa de copiar con sus enormes bolas abrillantadas por el uso, y un estante con viejos libros.

Contrastaban las molduras de yeso de la entrada, el papel tapiz de florones grises en fondo azul tierno, con los ladrillos desnudos del piso, flojos aquí, ausentes en los hoyancos, partidos y gastados en la entrada. Los muebles viejos eran una ironía bajo el cielo raso, donde fingían las pinturas una guirnalda de extravagantes hiedras de bulto.

¡Y cuántos esperaban con ansiedad que la puertecilla se abriera! El portero arrojaba groseramente verdaderos chorros de agua con la cubeta, y barría, formando en el suelo un lodo rojizo que salpicaba las patas del bufete y la caja fuerte; quedaban pegados los papelillos dispersos y flotaban en la alegre banda de sol, como la cauda de chispas de un cohete, los átomos dorados por la luz....

Los clientes, siempre de caras tristes, esperaban en la banquilla verde del patio. Eran viejos que hablaban solos, encendiendo cigarro tras cigarro; señoras envueltas en sucios tapalillos que con la mano en la mejilla contaban las baldosas ó perdían su mirada en el suavísimo verde de los estucos. Jóvenes y viejos, todos esperaban. Á veces alguna

mamá llevaba á su hijo, muchacho sucio, de vestido corto y manchado, largos calzones, arrugadas medias y sombrerillo de paja deshecho; con el dedo en la boca ó las manos atrás, se extasiaba contemplando el coche que lavaban arrojándole cubetazos de agua; los caballos atados á las paredes que se rascaban, frotándose contra las jónicas columnas del patio. Lo que más llamaba la atención de los mozalvetes, era un estúpido pavo real desplumado, que hacía la rueda. Su cola incompleta no podía fingir más que un abanico deteriorado, y, sin embargo, los niños llegaban al lado de la madre y le decían en voz baja, con ese respeto que inspira un lugar suntuoso:

—Mira, mamá, ¡cómo se esponja ese guajolote verde!

—¡Estate quietecito!

El Ciudadano Gestas bajaba por fin con imperial lentitud la escalera alfombrada; alto, gordo, colorado; ladeada la gorrilla de terciopelo y oro, mascando un puro, las manos en las bolsas del pantalón. Llamaba al caballerango, visitaba las cuadras, palmoteaba en las ancas de sus yeguas, y siempre sonriente y tranquilo, sin saludar á nadie, penetraba á su despacho.

El dependiente, con cara de seminarista indígena, rapado á peine, le mostraba, plumo en mano,

una cuartilla doblada de apuntes, y sacaba recibos y billetes de Banco de la gran cartera de cobranzas.... Discutían largo rato y sin prisa, en tanto que afuera todos los solicitantes dirigian miradas impacientes. El portero sacudía los papeles, ordenándolos, y llenaba el botellón de Guadalajara con agua, sin limpiar el vaso opacado, que servía lo mismo para beber el sucio líquido, que para mojar la brocha del libro de copiar.

El Ciudadano Gestas hacía sus confidencias al dependiente cuando estaba de buen humor.

—Se sentía medio malo, había comido la víspera con unos americanos; quizá el pescado le había hecho daño; lo repitió toda la noche; tuvo que tomar carbonato, casi no se había desayunado.... El pescado era muy indigesto....

—Sí señor; es muy indigesto.

—¿Cobró usted?....

—No encontré á Don Pedro; está fuera de México.

—¡Qué tal! ¿Ya usted lo ve? Es imposible contar con esa gente. Prometen para el 27, y ya usted lo está viendo, estamos á 28....

—Pase usted, señora....

Una de las señoras que se había colocado tímidamente junto á la puerta, entraba, saludaba con mucha política, se arreglaba el tápalo, y descansando sobre las piernas la sombrilla desteñida, hablaba en voz baja. El Ciudadano la oía con los ojos bajos, dando vueltas entre sus dedos al portaplumas. La señora se acaloraba, su voz subía de tono; accionaba, contaba quizá largas historias de miseria, porque lloraba en algunos pasajes, hacía tímidamente su petición. El Ciudadano objetaba, preguntaba, respondía, mientras el dependiente, hundidos los pies en una zalea, inclinado, escribía lentamente, descansando su cigarro en el borde de la mesa.

La señora firmaba un papelito que alargaba al seminarista; la entregaban cierta cantidad, y salía con el mismo aire triste con que había entrado.... ¿No le daban dinero? Debía estar alegre; pero tal parecía que aquellas monedas eran el precio de alguna nueva desgracia.

Desfilaba toda la turba frente al Ciudadano, y á toda la turba oía con el mismo aire indiferente, piqueteando siempre con el mango de pluma....

Gestas era obeso y calvo; un collar erizo de barba canosa mezclada de cerdas rojizas, encuadraba su rostro apoplético. Pequeños los ojos, grande la nariz, bestial la boca. Su cuello desbordaba la finísima batista de su camisa; costosos paños envolvían su cuerpo contrahecho, y sus manos de antiguo vaquero, por lo vellosas, parecían de un simio, y por lo alhajadas, de un jugador.

Era una especie de Molok adorado por la turba de mendigos que se le acercaban devotamente. Era inmensamente rico.

Aquel palacio de valiosas canteras, de arquitectura monumental, extensos patios, altas columnatas, labradas arquerías, marmóreos corredores, y surtidas cuadras, era de Gestas. El mueblaje parisiense, las alfombras de moqueta, las lunas encuadradas en felpa y ébano, eran de Gestas. Aquellos coches nuevos de discreto rodar, movimiento de barca apenas balanceada, eran de Gestas. Las vajillas japonesas, de Sevres, los jarrones de Sajonia, los floreros de Bohemia, de Christofle; bronces de arte, pianos de Stenway y perros de Terranova, del Ciudadano Gestas. Aquella señora, enferma de obesidad, rana mostruosa vestida con *crépé* de la China, *peau de soie* y sedas costosas, cargada de alhajas, era la esposa del Ciudadano Gestas. La niña anémica, flaquísima, moribunda, fea, que ni modistas, ni peinadoras, ni médicos, habían podido embellecer y engordar, era la hija de Gestas.

En torno del ex-vaquero flotaba una atmósfera de riquezas. Frente al zaguán monumental se detenían trenes y más trenes: la carretela del hombre de negocios, el *simón* de un cobrador, el *coupé* de una visita. Oíanse en el patio ruidos agradables para los que saben cuánto significan: el acento del

pavo real, el estornudo de las yeguas, su piafar sacudiendo las cadenas; arriba el vocerío de los pájaros y las notas cristalinas del piano.

El frutero y el mozo de dulcería, cargaban para el almuerzo la venta más delicada y rebosaban los canastos de la galopina, de toda clase de verduras y especies, guajolotes y pollos desplumados junto al dorso lustroso de los pescados. Todo era abundancia. El timbre eléctrico que anunciaba visitas tenía un alegre repiqueteo, mientras abajo, en el despacho, repiqueteaban también los pesos.

Se vaciaba la caja, quedaban exhaustas las carteras, los *tenates* llenos de menudo; las ollitas de piel endurecida con ribetes rojos, y hasta la caja de puros donde guardaban los centavos; pero el cofre, como un monstruo insaciable después de vaciar sus entrañas, volvía á llenarlas; llegaba la procesión de los que pagaban vaciando sus bolsas en la mesilla lustrosa ya, con un brillo metálico, rastro del río de plata que había corrido en su madera.

El Ciudadano, indiferente, no turbado por el sonar de las monedas, oía á un nuevo solicitante, siempre con los ojos bajos y jugueteando con el porta-plumas.

Todo el mundo confesaba que era un estúpido, que su fortuna tenía un origen vergonzoso, que olía á establo; pero él aplastaba al mundo entero

en todas partes: en los paseos, con sus trenes de embajador ruso; en el teatro, con los brillantes de su familia; en su casa, con la suntuosidad de regios salones, y en las casas de comercio con la influencia decisiva de sus arcas inagotables; y el mundo olvidaba los antecedentes del hombre soez en su cuna, para tenderle la mano, presentarlo en sus recepciones y admitir un lugar en aquellos banquetes donde las bodegas de todos los países estaban representadas por vinos de alto precio, y las cocinas de los mejores hoteles, por los platillos mejor confeccionados.

Era un *nabab*, pero no el que enriquecía á sus amigos, sino el *nabab* avaro que tiraba el dinero calculando de antemano cuánto había de producirle el aparentar una esplendidez al 89 por ciento de interés.

Sí, él era complaciente con aquella procesión de hambrientos que lloraban en su despacho, porque unos daban cinco pesos, otros diez, éste un mueble, aquél una alhaja, pero todos dejaban un trozo de su vellón dorado en las zarzas de aquel despacho de agiotista.

Con la sonrisa en los labios proponía intereses crecidos, verdaderas estafas, y esperaba en silencio, sin cejar, sin disminuir un centavo, y la necesidad parecía estrangular á aquellos mendigos para

que lanzaran el *sí* de aprobación, sentencia de inopia para el resto de su vida.

Hubo viuda que vencido el plazo de un préstamo, acudiera llevando *bonos de la deuda* que en plata representaban ciento cincuenta pesos en tiempo de baja.

—Señor, no tengo los veinticinco pesos que le quedo á deber; ¿quiere usted que se prolongue el plazo quince días? En prendas dejo estos papeles....

—No es posible, señora (sonriendo dulcemente); si usted quiere, le compro los bonos en veinticinco pesos, y ¡cuidado que no me gusta comprar bonos que.... ya usted ve, no se venden!

—No, señor; en cien pesos sí, pero en veinticinco!....

—Pues usted sabe..... procederemos judicialmente....

Y la viuda dejó sus bonos en poder de Gestas.

Da reuniones y todo el mundo acude á ellas; los honrados no tienen escrúpulos en penetrar á la cueva de un bandido, cuando esa cueva arde bajo el brillo del gas, los espejos, los mármoles, y se baila al són de una música á cinco pesos hora....

Si cada mueble, si cada candelabro, si cada alfombra, en medio del bullicio contaran su historia! La viuda con tres hijos, el padre evitando la pros-

titución de una hija, el deudor arruinado, el comprador en víspera de quiebra.... serían los títulos de esos relatos conmovedores. Pero nadie protesta. Todo parece enmudecer estupefacto de tanta bajeza.

II

El dependiente cerraba la puerta del despacho, y Gestas subía en compañía de su familia al coche para dirigirse al teatro.... Los frisones sacudían las enormes cabezas; el cochero, enguantado y de librea, en académica postura, esperaba la señal de la partida, mientras las puertas del zaguán abiertas quedaban iluminadas por el reflejo de las linternas.

—Oiga, Carrasquilla, tome un coche y se va. Ya sabe: le dice usted que hoy terminantemente, ni un día más. Me va usted á buscar al teatro.... no se dilate. .... Buenas noches. Y el rodar del coche resonó en las bóvedas mientras los transeuntes espantados se detenían á los lados del zaguán para dejarle paso.

En el teatro Gestas estaba impaciente y veía el

reloj. ¿Qué le pasaría á Carrasquilla? Llegó por fin, sudoroso, fatigado.

—¿Qué hubo?

—Nada, señor; se murió el esposo de la señora; está tendido, me enseñó el ropero ¡vacío! los cajones ¡vacíos! Todo lo han gastado en medicinas y en los preparativos del entierro, y me ha confesado que no tiene para amanecer más que veinte reales.

—¡Qué tal! (en el colmo de la ira). Es insufrible esto, no tienen piedad de uno, no hay compasión, me acaban la vida. ¡Con ésas salimos!

El público volteaba hacia el palco, en tanto que la señora al oído le decía:

—Cálmate, Gestitas, eso te hace mal. Van á levantar el telón.

—Pues vaya usted (en voz baja) y que me mande aunque sea esos veinte reales. Pague usted el coche y no se tarde.

Y ya tranquilo se sentó; parecía reventar bajo el frac y la corbata blanca....

El dependiente se paseaba agitado en el pasillo.

Qué cruel era su patrón; ir y pedir á una familia con un muerto tendido ¡veinte reales! eso era indigno, eso era inquisitorial, eso era horrible; él pagaría los veinte reales, pero nunca, jamás, profanaría un cadáver con cobranzas de ese jaez.

Pagó el coche y penetró de nuevo al palco.

—Aquí tiene usted, señor.

—Vaya, hombre, siquiera podrá uno pagar el coche....

—Ya no se ofrece nada?

—No, Carrasquilla. Váyase.

Habría andado algunos pasos cuando Gestas lo detuvo de nuevo.

—Oiga, ¿qué tiempo hizo de aquí allá?....

—Diez minutos.

—De modo que en media hora se va y se viene?

—Sí, señor.

—Pues hombre, vaya y que le cambien esta peseta. Creo que es falsa. ¡Qué gente tan ladrona!

—(Pálido de ira). La equivoqué.... aquí traigo otra....

—Vaya, creí que se la habían encajado á Vd....!

En el escenario se representaba la escena final.... El marido había dado una puñalada al amante; ella se había desmayado, mientras él, dominando el estruendo de la orquesta, lanzaba una nota alta gritando: *¡maledeta!* Un golpe seco de timbales, y aplausos. El telón se alzó de nuevo y los tres actores, dándose la mano, saludaban al público.

Gestas.—Tengo sueño.

La señora.—Qué dices.... qué calor!

La niña.—La Ramici lo ha hecho bien....

El dependiente (desde el patio y hablando consigo mismo).—Qué alhajas tiene mi patrón..... y pensar que todo viene del agio!

Veía en su interior aquella procesión de hambrientos que dejaban en su bufete hasta el último centavo. Pensaba en la familia abandonada, con un muerto en su casa, atormentado su dolor por un recibo miserable; comparaba á aquellas niñas enlutadas y llorosas con la hija de su patrón, que era cruel y decía á su papá: "Papacito chulo, sácales alhajas, brillantes, que así te salen á mitad de precio."

¡Qué cruel era la familia toda; sí, muy cruel; tenían corazones malos! La niña en su palco se abanicaba; resplandecían en su seno los brillantes fingiendo el cabrilleo de un mar de luz..... y el dependiente aventuraba una metáfora. Cada piedra representaba un dolor ajeno. ¡Qué ironía: cubrían con una coraza de lágrimas el pecho, con un peto de diamantes, para ocultar lo asqueroso de un corazón donde todo era cruel, abyecto, miserable, negro!